

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

León Guillermo Gutiérrez

leongg@prodigy.net.mx

Universidad de Texas y UNAM

Jorge López Páez, centenario de un escritor, de un amigo

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana

Número 60, abril-junio 2022, pp. 9-12.

ISSN:01855727

Xalapa, Veracruz, México

*Fotografías de interiores: Centro Fotográfico Manuel Álvarez Bravo



La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

JORGE LÓPEZ PÁEZ, centenario de un escritor, de un amigo

León Guillermo Gutiérrez

Al hablar de Jorge López Páez (Huatusco, Veracruz, 1922-2017) es inevitable no apelar a los recuerdos. Y recuerdos que me llevan a otros recuerdos. Conocí a Jorge, junto con su amigo inseparable, el diplomático Víctor Balvanera, en la casa del embajador Víctor Manuel Rodríguez García, con quien me unía una amistad desde que yo era joven. Correría alrededor del año dos mil, en una de las comidas que ofrecía el embajador Rodríguez. Y es cuando entro a los otros recuerdos. Comenzaré por la casa del embajador, la cual servía de escenario a las comidas y cenas a las que convocaba con bastante frecuencia; lo podía hacer en su calidad de jubilado después de haber cumplido misiones diplomáticas en países como Rusia, Albania, Líbano, Irán, Irak, Ghana. El embajador disponía los lugares que debíamos ocupar. Bajo ese ambiente se daban cita con regularidad personalidades del cuerpo diplomático, entre ellos la canciller Rosario Green, los embajadores Mireya Terán, Salvador Campos Icardo y el ministro Horacio Flores Sánchez. También era frecuente ver a la fotógrafa Patricia Lagarde, al escultor Luis Palacios, al gran traductor de Cavafis y Pessoa –Cayetano Cantú–, al doctor Enrique Peña, al legendario pas-

telero Víctor Nava, al abogado Felipe Remolina, así como a familiares y amistades entrañables del embajador. La sobremesa se extendía hasta casi el anochecer en franca cordialidad festiva. En las pláticas no todos intervenían por igual; había quienes estaban atentos para hacer comentarios sobre cualquier cosa; los había callados y los que sobresalían por su protagonismo. A este grupo pertenecía Jorge López Páez, un excelente conversador, con una plática chispeante, aguda, no exenta de malicia y picardía, hasta mordaz. A partir de la primera vez que lo vi en casa del embajador Rodríguez, Jorge me brindó su amistad sincera y comenzó a invitarme a su casa, en la que, al igual que en la de Víctor, no había lugar para el espacio vacío; la diferencia era que en la casa de López Páez las pinturas y esculturas pertenecían a renombrados artistas plásticos de México. Tanto el embajador Rodríguez como López Páez eran unos anfitriones espléndidos. Cultivé la amistad con Jorge hasta su muerte. Jorge, además de buen charlista, tenía la cualidad de saber oír y ser un agudo observador. Bien se sabe que las pláticas que escuchaba le servían algunas veces para escribir sus historias. Cuando conocí a López Páez, él tendría cerca de los ochenta años. Mientras su

mente era de una lucidez envidiable, su cuerpo y rostro ya acusaban los estragos de la edad, así como su voz un tanto cascada y carrasposa. Los muchos años no le impedían tener el ímpetu y entusiasmo para gozar de la vida. Y uno de esos gozos era la escritura: con gran disciplina se sentaba todos los días frente a su computadora. Todavía en este siglo publicó las novelas *Mi padre el general* (2004) y *¡A huevo, Kuala Lumpur!* (2012); los libros de cuentos *El nuevo embajador y otros cuentos* (2004) y *El chupamirto y otros relatos* (2010). En 2003 recibió el Premio Mazatlán, y en 2008 el Premio Nacional de Ciencias y Artes en el área de Lingüística y Literatura. A su muerte, Jorge López Páez dejó una vasta obra inédita. En vida publicó una decena de novelas y otros tantos de libros de cuentos. La crítica ha considerado como sus mejores obras *El solitario Atlántico* (1958), *Mi hermano Carlos* (1965) y *Los cerros azules* (1993). En *El solitario Atlántico*, Jorge López Páez le da vida a un niño, Andrés, quien nos narra sus aventuras y desventuras utilizando dos planos: el espacio interior, que corresponde a la casa familiar, la convivencia con sus miembros y las minucias domésticas; el segundo transcurre en la calle (atrapando caballitos del diablo y mariposas de alas blancas), el lu-

gar en que la otredad manifestada en los otros niños, aliados y rivales, lo hace consciente de su propia existencia, lo enfrenta con su propio ser, cobrando sentido lo escrito por Octavio Paz: “para que pueda ser he de ser otro, / salir de mí, buscarme entre los otros, / los otros que no son si yo no existo, / los otros que me dan plena existencia” (1989, 98). Es una historia donde la infancia se repliega en sí misma.

De *Mi hermano Carlos*, Arturo Cantú escribió: “El autor logra una lúcida y emotiva recreación del mundo de la niñez en esta etapa, de sus problemas, sus modos de pensar y sentir, su vitalidad siempre a salvo de cualquier asedio” (31-32). Según Ignacio Trejo Fuentes, considerada por Emmanuel Carballo como una de las mejores novelas mexicanas. Acerca de *Los cerros azules*, Esther Martínez Luna señala:

Situada en las tierras altas del estado de Veracruz y en la época cristera, los episodios encaminan, sin embargo, a dibujar la estampa de un pueblo plagado de hechos intrascendentes y flaquezas morales, mal disimuladas por sus notables, el cura y el presidente municipal o por sus médicos homosexuales. La demorada visión que el escritor busca presentarnos de este pueblo y estos personajes, con sus ánimos inciertos, no carece de ambición. Un estilo descriptivo con frases irónicas, elaboradas y en constante contrapunto nos recuerda algo de la mejor literatura decimonónica (1993, s/p).

Jorge López Páez tuvo tres fuentes inagotables en su escritura: su vida misma, las historias que le contaban amistades y anécdotas ocurridas a sus amigos. En el primer caso, López Páez utilizó los recur-

sos de la autobiografía y la autoficción. La primera es cuando la voz del narrador o protagonista se corresponde con la voz autoral, y la segunda cuando el nombre del narrador es diferente que el del autor, pero comparten la misma identidad. En 1992 López Páez obtuvo el Premio Internacional de Cuento *La Palabra y el Hombre*, por su libro de cuentos *Lolita toca ese vals*; el jurado estuvo integrado por Mario Muñoz, Sergio Pitol, Juan Vicente Melo, Edmundo Valadés y Hernán Lara Zavala. De este libro quiero referirme a dos de ellos, “Gregoria” y “Florita”, en donde hay una clara exposición de la autobiografía y la autoficción.

“Gregoria” es un relato delicioso por su frescura, tema y protagonista. Se trata de la historia compartida por Jorge, el narrador, que es el nombre del autor Jorge López Páez, y Gregoria durante los casi siete años que trabajó como su sirvienta. Si nos atenemos al tiempo, es perfectamente identificable. Al final del cuento, que también es el término de la relación con Gregoria, Jorge dice que se embarcó en la compra de un departamento en el séptimo piso de un edificio en construcción. Esto ocurrió de facto en el año de 1967; el inmueble en cuestión se encuentra ubicado en la calle de Praga, colonia Juárez. Otros datos autobiográficos son los nombres de las amistades del narrador; entre ellos podemos reconocer a Alejandro Rossi y Luisa Josefina Hernández, amigos entrañables de Jorge López Páez. En el relato se entrelaza la vida cotidiana del narrador con la de Gregoria, con toda la familia de ella y con los parientes del marido, al que en un principio lo hace pasar por su hermano. A través de los años Jorge va descubriendo la vida anterior de Gregoria, quien a cuentagotas le narra pasajes de su existencia, entre ellos el moti-

vo por el que dejó su tierra, donde vendía mercancía que transportaba en dos o tres mulas por caminos vigilados por soldados, los que a veces se quedaban con la mercancía. Gregoria cuenta: “yo les servía de mujer hasta a seis soldados, y así me pasó muchas veces [...] y ya no recuerdo a cuántos soldados atendí” (López Páez 1994, 16-17). Jorge, el narrador, describe a Gregoria como una mujer agraciada, limpia, vestida con múltiples naguas, bien almidonadas, “con sus trenzas de grandes moños echadas sobre su pecho” (31). Algo que llama la atención del narrador desde el principio es la popularidad de Gregoria, que ocupaba un cuarto abajo del departamento de Jorge, quien veía caminar por el pasillo a los amigos que visitaban a Gregoria a todas horas, entre los que había cargadores, mozos y choferes. Todas las noches, al llegar a su casa, Jorge escuchaba murmullos, voces en sordina, provenientes del cuarto de la sirvienta, y por los vecinos se entera de la vida secreta que era bastante pública de Gregoria. Con el tiempo se sabe que ella era generosa con sus amigos a cambio de préstamos de dinero que le hacían amistades de Jorge sin que él lo supiera. El relato de largo aliento, de más de treinta cuartillas, se demora en las minucias de la vida cotidiana del narrador con el acontecer de las peripecias de la sirvienta y su pléyade de familia y “amigos”. La naturalidad de los hechos va de la mano con la frescura de la narración. El autor-narrador, en este caso, no emite juicios de valor, se atiene a contar lo sucedido durante el tiempo que Gregoria estuvo a su servicio. Un acierto indudable es el retrato que hace de la urdimbre que se da en el ámbito doméstico donde se mezclan las vidas de los patrones y de la servidumbre, creando una fusión muy típica en las familias mexicanas.

En el relato “Florita”, también de gran aliento, de 60 cuartillas, que equivale en extensión a una novela corta o *nouvelle*, según la crítica francesa, Jorge López Páez de nuevo da vida a Andrés, el mismo niño de *El solitario Atlántico*, publicada en 1958. En ambas narraciones el protagonista es el autor bajo el álter ego de Andrés; las dos historias corresponden a pasajes de la vida de López Páez. En este caso se trata de textos autoficcionales, diferenciados de la autobiografía porque los nombres de los protagonistas difieren del autor. En “Florita”, Andrés, quien viaja a la Ciudad de México desde su pueblo natal, Tierra Honda (que no es otra cosa sino Huatusco, el lugar de nacimiento del escritor), para ser operado de las amígdalas, nos introduce al mundo femenino desde su mirada siempre atenta en la casa de la tía Florita. En cuanto al tiempo, debió haber sido a finales de los años treinta, cuando López Páez tendría a lo sumo ocho años de edad. En el relato, Andrés dice: “yo aunque pequeño”. Otro dato es la casa de Florita, misma que se encontraba enfrente de El Toreo de la Ciudad de México, en la calle Durango, que funcionó hasta 1946. El niño Andrés, al llegar a la ciudad, queda asombrado; le impacta la agitación y el bullicio del tráfico de autos, la gran cantidad de personas en las calles y parques; siente el ruido de la ciudad como una respiración estridente. Pero lo más significativo ocurre en el interior de la casa: además de la tía abuela Florita, están las tías, Graciela, Rebeca y Dora, la cocinera y la recamarera. Casa de la que entran y salen más mujeres: nueras, cuñadas y empleadas. Para rematar, debajo de la casa se encuentra un salón de belleza atendido por Aurora, la dueña. Andrés siempre está en compañía de las mujeres mientras se fija la fecha de su operación por parte del doctor

Daniel Gurría Urgell. Este personaje del relato se corresponde con el nombre real del médico, quien se graduó de otorrinolaringólogo en 1909, en la Facultad de Medicina. Actualmente, lleva su nombre el Hospital General del ISSSTE, en Villahermosa, lo que refuerza el carácter autoficcional. A través de los ojos y oídos de Andrés, penetramos en el mundo femenino del tiempo en el que la vida cotidiana de las mujeres transcurría en gran parte en la cocina, ya sea preparando alimentos o en largas pláticas de intrigas, chismes e historias sobre familiares y amistades. Andrés, en sus ratos de ocio, persigue mariposas blancas, al igual que el protagonista de *El solitario Atlántico*, con lo que también se presenta la intratextualidad. En los días de su estancia en la casa de Florita, acompaña a sus tías a comprar sombreros, vestidos y zapatos. Pero la vida doméstica se sucede en la cocina durante los desayunos y comidas donde las mujeres intercambian opiniones, historias, anécdotas y críticas mordaces. El relato en sí no tiene una trama definida; se asemeja a un filme del neorrealismo italiano en donde la cámara son los ojos del niño y el diálogo sus oídos. El relato cobra sentido al mostrar, desde una perspectiva particular, en este caso la de Andrés, el ambiente doméstico y cotidiano desde el cual las mujeres muestran su vida personal e íntima, cargada de sentimientos y emotividad. De esta forma, Jorge López Páez, con los recursos de la memoria y de la imaginación, a través de una escritura ágil, nos ofrece un relato original y entrañable: la fresca mirada de la infancia. En los dos cuentos, López Páez hace lo que Mario Vargas Llosa señala: “Es una manera de recuperar, dentro de un sistema que la memoria estructura con ayuda de la fantasía, ese pasado que cuando era experiencia

vivida tenía el semblante del caos” (1987, 9-10).

Jorge López Páez fue uno de los pioneros en abordar el tema de la homosexualidad en la literatura mexicana, también presente en sus novelas. El primer relato con este tema apareció en 1962, “El viaje de Berenice”, antes de la publicación de la novela *El diario de José Toledo* (1964), de Barbachano Ponce, considerada la primera novela mexicana de tema gay con fines literarios. En 1980, publicó en el suplemento *Sábado*, del periódico *Unomásuno*, “Doña Herlinda y su hijo”, el cual se convirtió en el primer relato de tema gay de amplia difusión y tuvo tal impacto que fue llevado al cine bajo la dirección de Jaime Humberto Hermosillo, en 1984.

El relato, de aparente desaliño, pretende hacer del texto una narración oral, cuyo discurso está a cargo de la voz del joven protagonista, en un lenguaje directo, coloquial, en una sintaxis de oralidad llana. El cuento toma préstamos de la farsa por la exageración, así como de la comedia donde los protagonistas, después de vencer obstáculos de la vida cotidiana, tienen un desenlace feliz y se hace escarnio de la debilidad humana. Mario Muñoz señala: “En *Doña Herlinda y su hijo* lo sustancial es aquello que no se enuncia abiertamente en el texto, sino que permanece velado bajo el discurrir de situaciones que pueden pasar por convencionales”. Es la voz del narrador-protagonista, que de manera progresiva cuenta su historia, la que está íntimamente ligada a los demás personajes, y cuyo peso mayor recae en doña Herlinda, madre de Rodolfo, su amante. La madre, al tanto de la relación homoerótica de su hijo médico con Moncho, estudiante de música, en lugar de oponerse, se convierte en la aliada incondicional, pero desde la hipocresía. Antoine Rodríguez,

escribe: “Doña Herlinda y su hijo presenta dos conjuntos, el de las normas visibles de la heterosexualidad y el del margen invisible de la homosexualidad que, en vez de excluirse como suele pasar, pactan tácitamente un acuerdo a través del cual el primero encubre y silencia al segundo” (s/n).

Si bien es cierto que es obvia la relación erótica que mantienen los dos hombres, también lo es que está encubierta no solo por la madre, sino por la esposa. El fingimiento y el ocultamiento hacen patente la prohibición de transgredir las normas sociales y religiosas de la sociedad que aquí se representa. Como señala Bataille: “En todas las épocas, como en todos los lugares –en la medida que tenemos información al respecto–, el hombre se define por una conducta sexual sometida a reglas, a restricciones definidas” (2008, 54). A lo largo del relato, el discurso homoerótico queda en un segundo plano, queda de cierto modo aplastado por la madre, quien impone su voluntad y figura a través del “permiso” que le otorga al hijo como recompensa por cumplir con su rol de macho ante la vista pública.

Jorge López Páez fue sin duda un escritor prolífico, fiel a sí mismo, nunca intentó imitar o seguir las tendencias en boga; en su narrativa dio voz a múltiples personajes desde niños, mujeres, hombres maduros, gente de la provincia, personajes sofisticados. El pueblo y las grandes ciudades eran su escenografía. Tres elementos circundan su obra: la narración propiamente dicha, la descripción y el diálogo. La ironía y el humor son constantes. Ignacio Trejo Fuentes escribe: “Jorge López Páez posee una virtud poco común en nuestro ámbito: de gente en apariencia común y corriente y hasta anodina, de situaciones a simple vista irrelevantes, es capaz de extraer los rasgos

más desconcertantes, los pliegues más secretos y oscuros, y de este modo da vida –gran vida– a lo inane” (2000, 4).

Jorge vivió muchos años (94), tuvo una vida llena de satisfacciones, amó y fue amado; fue un viajero incansable, un tanto sibarita; siempre gustó de los buenos restaurantes, de las buenas comidas, de los licores ni se diga. Cultivó la amistad con generosidad. Sus grandes amigos fueron Luisa Josefina Hernández, Alejandro Rossi, Luis Villoro, Sergio Pitol, Juan Soriano, Sergio Galindo, Juan José Arreola, entre otros. En vida recibió el reconocimiento a su obra con los premios más importantes. En sus últimos años su salud ya estaba quebrantada. Fue una etapa difícil y dolorosa. No obstante, persistía en él una fuerza interna que lo impulsaba a no darse por vencido. Seguía escribiendo y gozando sus estadias en Acapulco.

Y apelando a los recuerdos, me quedo con el del amigo, en su casa, un lugar acogedor, lleno de macetas, tomando el aperitivo entre hermosas plantas y una jaula con dos loros de plumas de maravillosos colores. Aún escucho su carrasposa voz y su risa maliciosa y festiva. Jorge murió en 2017; el embajador Víctor Manuel Rodríguez en 2020, a causa del coronavirus; en 2021 el doctor Peña, y en 2022 Víctor Nava. Antes fallecieron Rosario Green, Cayetano Cantú, Felipe Remolina y Horacio Flores Sánchez. Con la muerte de ellos para mí terminó una época luminosa. Todos tenían una vida llena de éxitos y satisfacciones, de amplia cultura. En las charlas compartían sus experiencias profesionales y de vida. La fraternidad, la admiración, la alegría y la generosa amistad fueron sus insignias. Los que sobrevivimos nos quedamos con los recuerdos, y de Jorge con la lectura de su vasta obra. Cuando vuelvo a sus libros lo escucho

con los ojos. A Jorge López Páez le sobrevive su amado Víctor Balvanera, heredero y depositario de su legado, quien de forma incansable ha trabajado arduamente en la difusión de su obra publicada e inédita. **LPyH**

REFERENCIAS

- Bataille, Georges. 2008. *El erotismo*. México: Tusquets.
- Cantú, Arturo. 1965. “Jorge López Páez. *Mi hermano Carlos*”. *Revista de la Universidad de México*, septiembre (31-32).
- López Páez, Jorge. 1980. “Doña Herlinda y su hijo”. Suplemento *Sábado* s/p *Unomásuno*.
- 1994. *Lolita toca ese vals*. Xalapa: UV.
- 2010. *El solitario Atlántico*. México: FCE.
- Martínez Luna, Esther. 1993. “Los pasos de López Páez”. *Nexos*, s/p 1, de agosto.
- Muñoz, Mario. 1996. “Prólogo”. *De amores marginales. 16 cuentos mexicanos*. Xalapa: UV.
- Paz, Octavio. 1989. *Lo mejor de Octavio Paz: el fuego de cada día*. Barcelona: Seix Barral.
- Rodríguez, Antoine. 2005. “El joto decente se casa. Normas y margen en *Doña Herlinda y su hijo* de Jaime Humberto Hermosillo”, *Razón y Palabra. Primera Revista Electrónica en América Latina Especializada en Comunicación*. 46 (agosto-septiembre).
- Trejo Fuentes, Ignacio. 2000. “Nota introductoria”. *Jorge López Páez. Material de Lectura*, serie El cuento contemporáneo, 116.
- Vargas Llosa, Mario. 1987. *La señorita de Tacna*. México: Seix Barral.

León Guillermo Gutiérrez (San Julián, Jalisco) realizó estudios de maestría y doctorado en Literatura Hispanoamericana en la Universidad de Texas en Austin. Es doctor en Literatura Iberoamericana por parte de la UNAM. Es poeta e investigador. Desde 2006 es miembro del SNI.